

“La Iglesia es la esposa del Señor, a la que el esposo divino ama tanto que no tolera en ella mancha ni arruga alguna. La verdad subrayada en esta analogía es que el amor, por su propia naturaleza, exige perfeccionar al amado, y que la mera «condescendencia», dispuesta a tolerarlo todo excepto el sufrimiento del amado, es en este sentido el polo opuesto del amor. ¿Deja de preocuparnos, una vez enamorados de una mujer, si va sucia o limpia, si es honesta o grosera? ¿No es precisamente entonces cuando empiezan a preocuparnos todas esas cosas? ¿Acaso estima la mujer como signo de amor que el hombre ignore su aspecto exterior o no muestre interés por él? El enamorado puede seguir amando a su amada después de que la belleza de ella se haya marchitado, pero no porque haya desaparecido. El amor puede perdonar todas las flaquezas y seguir amando a pesar de las debilidades del amado, pero no puede cejar en su empeño de eliminarlas. El amor es más sensible que el odio a las manchas del amado. Su «sensibilidad es más suave y delicada que los tiernos cuernos del caracol». El amor tiene una capacidad de perdón superior a cualquier otro poder. Pero es también el menos dispuesto de todos a tolerar las manchas del amado, y aunque se satisface con poco, lo exige todo. Cuando el cristianismo dice que Dios ama al hombre, quiere decir exactamente que lo ama. La idea cristiana del amor divino no significa, pues, que Dios se ocupe de nuestro bienestar con indiferencia o desinterés, sino que somos objetos de su amor. He ahí una impresionante y sorprendente verdad. ¿No preguntábamos por un Dios que fuera amor? Pues aquí lo tenemos. El magno espíritu alegremente invocado, el «Señor de aspecto terrible», está presente. No es la senil benevolencia que desea perezosamente que cada cual sea feliz a su modo, ni la gris filantropía de un magistrado escrupuloso, ni tampoco la solicitud del anfitrión deseoso de atender bien a sus invitados, sino un fuego voraz, el amor creador de los mundos, tenaz como el amor del artista por su obra, despótico como el del hombre por el perro, providente y venerable como el del padre por su hijo, celoso, inflexible y exigente como el amor entre los sexos”. (C. S. Lewis, El problema del dolor, cap. 3)

